

DT



Aves sin nido

*Clorinda Matto
de Turner*

© 2018 Clorinda Matto de Turner

Título original: Aves sin nido

Todos los derechos conforme a la ley

Características tipográficas y diseño editorial

© Distinta Tinta Ediciones

Diseño de portada e ilustración

Diseño de interiores

Beatriz Rubio Fernández

Primera edición

ISBN: 978-84-948933-1-5

Depósito legal: M-19740-2018

contacto@distintatintaediciones.com

www.DistintaTinta.com

Editado e impreso en España

*Distinta*Tinta

Aves sin nido

Clorinda Matto de Turner



Clorinda Matto de Turner

(Paullu, Cuzco 1852 - Buenos Aires, 1909) Grimanesa Martina Mato Usandivaras fue una de las más importantes representantes del indigenismo literario.

Después de concluir sus estudios elementales tuvo que ocuparse de su casa familiar tras la muerte de su madre y con diecinueve años, en 1871, se casó con el comerciante inglés Joseph Turner y se trasladó al pueblo de Tinta. Allí continuó la carrera literaria que había iniciado unos años antes, escribiendo versos y artículos publicados bajo diversos seudónimos en publicaciones regionales como «El Heraldó», «El Ferrocarril», «El Rodadero», «El Eco de los Andes» y «El Mercurio». En abril de 1876 la escritora fundó la revista «El Recreo» y, al año siguiente, visitó por primera vez la capital peruana, donde tuvo la oportunidad de participar en las tertulias literarias organizadas por la escritora argentina Juana Manuela Gorriti, veladas que luego continuaría la propia Clorinda. Para entonces ya colaboraba con las principales publicaciones literarias del país firmando artículos con su nombre o con el seudónimo de Carlota Dimont.

A partir de la muerte de su esposo —marzo de 1881—, tuvo que administrar los bienes del matrimonio y a finales de 1883 se trasladó a Arequipa para asumir la jefatura de redacción del diario «La Bolsa», uno de los más importantes de la ciudad. En abril de 1886 se estableció en Lima. Aquí se incorporó rápidamente a las principales instituciones culturales, como el Círculo Literario y el Ateneo de Lima.

En febrero de 1896 fundó la revista «Búcaro Americano», convertida desde enero de 1897 en el órgano oficial de la Sociedad Proteccionista Intelectual, que Clorinda Matto editaría hasta poco antes de su muerte. En 1896 se incorporó como profesora a la Escuela Normal de Profesoras de la Capital Federal y también ejerció la docencia en la Escuela Normal Norteamericana y la Escuela Comercial de Mujeres.

Matto colaboró en diversas publicaciones como «La Prensa», «La Nación», «La Razón» y «El Tiempo de Buenos Aires», la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales» de Montevideo, «El Cojo Ilustrado» de Caracas y «Las Tres Américas» de Nueva York, e incluso fue elegida miembro del Consejo Nacional de Mujeres de Argentina. En mayo de 1908 viajó a Europa

para visitar Francia, Inglaterra, Suiza, Alemania y España, país donde dictó conferencias en el Ateneo de Madrid y en la Unión Ibero-Americana.

Clorinda Matto es considerada la fundadora de la novela indigenista en Perú desde la que denunció los abusos contra la población indígena en la sierra peruana y comenzó la defensa de los derechos elementales de los indígenas y en especial de los derechos de la mujer.

Durante las últimas décadas su obra ha sido recuperada tras ser silenciada, criticada y excluida de los anales de la literatura peruana, además de haber sufrido la persecución de la Iglesia peruana, el saqueo y destrucción de su hogar e imprenta y el exilio en Buenos Aires en sus últimos años. Con su obra *Aves sin nido* Matto se adelantó al gran defensor del indigenismo, José Carlos Mariátegui (1894-1930), puesto que se anticipó a la idea de este último según la cual «la solución del problema del indio tiene que ser una solución social» —coincidiendo, por otra parte, con los planteamientos de Manuel González Prada (1844-1918)—, y fue la primera que formuló los grandes problemas que unas décadas después estarían en el centro del pensamiento de Mariátegui: el abuso del poder de las élites no indígenas, la discriminación racial, la depresión educacional, la marginación socioeconómica de los indígenas, las humillaciones y vejaciones cometidas en la sierra con las mujeres por parte de las élites gubernamentales y eclesiásticas

El proyecto indigenista de Matto ha sido considerado por los investigadores como un proyecto de base ideológica burguesa cimentada en los valores de la civilización, la educación y, lo que resulta más controvertido, la asimilación o incorporación del indio a la cultura hegemónica, una actitud ciertamente paternalista del criollo hacia el indígena que está en el origen del indigenismo literario.

La influencia política de Clorinda Matto en las élites decimonónicas ha sido la mayor que ninguna otra escritora ha alcanzado, sus propuestas políticas se recogían en «El Perú Ilustrado» (1888-1892), publicación que dirigía y que acogía los artículos de los intelectuales liberales más influyentes de su entorno y fomentaba la modernización social, política y eco-

nómica del Perú. Hay que tener en cuenta que su influencia no quería, directamente, cambiar el orden semicolonial de su sociedad, sino a mitigar sus consecuencias sobre los más desfavorecidos.

En este contexto, la novela *Aves sin nido* (1889) puede definirse como un alegato étnico-social en el que planteó un programa para la regeneración del indio peruano basado fundamentalmente en los valores de la educación y de la cultura. Este texto, aparecido en un tiempo de posguerra en el que era necesaria la reconstrucción nacional, aborda muchos de los problemas socioeconómicos del país, representando los abusos que los hacendados, unidos con el Estado y la Iglesia, ejercían sobre los indios.

La novela se convirtió en el mayor superventas de su época y se reimprimió muchas veces —además de las numerosas traducciones al inglés y ediciones internacionales que se publicaron casi de inmediato en los Estados Unidos, España y Argentina—, haciendo que el libro fuera el centro de los debates intelectuales, políticos y eclesiásticos.

A pesar de su lenguaje conservador sobre todo referido a las mujeres y sus actividades —en contraposición a su vida laboral y librepensadora—, Matto hace una brillante y moderna exposición de la vida violenta en los Andes, violencia ejercida por el poder tanto económico como político y religioso que podría extenderse a tantos lugares del mundo, incluso actuales, y es ahí donde radica la importancia de esta novela escrita en 1889 y que le valió la excomunión a su autora.

En el mismo año de la publicación de *Aves sin nido*, Clorinda Matto de Turner asumió la dirección del semanario «El Perú Ilustrado», la más importante publicación literaria del país en esa época, donde sufrió un fuerte revés a los pocos meses de haber llegado. El motivo fue la publicación en 1890 del relato *Magdala* del escritor brasileño Coelho Neto, considerado sacrilego: el arzobispo de Lima, Manuel Antonio Bandini, prohibió bajo pena de pecado mortal la lectura, venta y difusión de «El Perú Ilustrado». Aunque Clorinda Matto alegó que el relato había sido publicado sin su consentimiento y por error, la Iglesia inició una campaña en su contra que ocultaba el motivo real

del enfado: la publicación de su novela donde denunciaba la corrupción del clero. Finalmente, tras ser excomulgada, el 11 de julio de 1891 Matto presentó su renuncia para que se levantase la censura eclesiástica contra el semanario.

Decidida a independizarse tras su accidentado paso por «El Perú Ilustrado», en febrero de 1892 fundó con sus hermanos su propia imprenta, La Equitativa, que publicaba el periódico bisemanal «Los Andes» —solo duró un año—, desde el cual Clorinda Matto de Turner defendió al gobierno del general Andrés Avelino Cáceres, con cuyo partido simpatizó abiertamente. El 17 de marzo de 1895 tropas rebeldes al mando de Nicolás de Piérola entraron en la capital peruana y trabaron combate con las fuerzas del gobierno. Los rebeldes saquearon la casa que Matto compartía con su hermano David y la apresaron, pero pudo huir y refugiarse en casa de unos amigos. Para entonces, el presidente Cáceres había sido derrotado y la imprenta La Equitativa había sido saqueada e inutilizadas sus máquinas. En esta situación, Clorinda Matto optó por marcharse a Valparaíso, de donde pasó a Santiago, luego a Mendoza y finalmente a Buenos Aires, donde fijó su residencia y falleció en 1909.

Otros libros de Clorinda Matto de Turner, además de *Herencia* (1895) en la que retoma los personajes de *Aves sin nido* pero en la ciudad de Lima, son *Bocetos al lápiz de americanos célebres* (Lima, 1889), conjunto de semblanzas biográficas; el drama en tres actos *Hima-Sumac* (Lima, 1892), que fue estrenado en el Teatro de Arequipa en 1884 y en el Olimpo de Lima en 1988; *Leyendas y recortes* (Lima, 1893); *Boreales, miniaturas y porcelanas* (Buenos Aires, 1902), que incluye relatos autobiográficos, semblanzas y diversos artículos, y dos libros de viajes: *Cuatro conferencias sobre América del Sur* (Buenos Aires, 1909) y *Viaje de recreo* (Valencia, 1909), donde relata su viaje a Europa. Además escribió varios textos para la enseñanza en los colegios de niñas y las escuelas normales.



Proemio

Si la historia es el espejo donde las generaciones por venir han de contemplar la imagen de las generaciones que fueron, la novela tiene que ser la fotografía que estereotipe los vicios y las virtudes de un pueblo, con la consiguiente moraleja correctiva para aquellos y el homenaje de admiración para estas.

Es tal, por esto, la importancia de la novela de costumbres, que en sus hojas contiene muchas veces el secreto de la reforma de algunos tipos, cuando no su extinción.

En los países en que, como el nuestro, la Literatura se halla en su cuna, tiene la novela que ejercer mayor influjo en la morigeración de las costumbres, y, por lo tanto, cuando se presenta una obra con tendencias levantadas a regiones superiores a aquellas en que nace y vive la novela cuya trama es puramente amorosa o recreativa, bien puede implorar la atención de su público para que extendiéndole la mano la entregue al pueblo.

¿Quién sabe si después de doblar la última página de este libro se conocerá la importancia de observar atentamente el personal de las autoridades, así eclesiásticas como civiles, que vayan a regir los destinos de los que viven en las apartadas poblaciones del interior del Perú?

¿Quién sabe si se reconocerá la necesidad del matrimonio de los curas como una exigencia social?

Para manifestar esta esperanza me inspiro en la exactitud con que he tomado los cuadros, del natural, presentando al lector la copia para que él juzgue y falle.

Amo con amor de ternura a la raza indígena, por lo mismo que he observado de cerca sus costumbres, encantadoras por su sencillez, y la abyección a que someten esa raza aquellos mandones de villorrio, que, si varían de nombre, no degeneran siquiera del epíteto de tiranos. No otra cosa son, en lo general, los curas, gobernadores, caciques y alcaldes.

Llevada por este cariño, he observado durante quince años multitud de episodios que, a realizarse en Suiza, la Provenza o la Saboya, tendrían su cantor, su novelista o su historiador que los inmortalizase con la lira o la pluma, pero que, en lo apartado de mi patria, apenas alcanzan el descolorido lápiz de una hermana.

Repito que al someter mi obra al fallo del lector, hágolo con la esperanza de que ese fallo sea la idea de mejorar la condición

de los pueblos chicos del Perú; y aun cuando no fuese otra cosa que la simple conmiseración, la autora de estas páginas habrá conseguido su propósito, recordando que en el país existen hermanos que sufren, explotados en la noche de la ignorancia, martirizados en esas tinieblas que piden luz; señalando puntos de no escasa importancia para los progresos nacionales y haciendo, a la vez, literatura peruana.

CLORINDA MATTO DE TURNER.



Primera parte

I

Era una mañana sin nubes, en que la Naturaleza, sonriendo de felicidad, alzaba el himno de adoración al Autor de su belleza.

El corazón, tranquilo como el nido de una paloma, se entregaba a la contemplación del magnífico cuadro.

La plaza única del pueblo de Kíllac mide trescientos catorce metros cuadrados, y el caserío se destaca confundiendo la techumbre de teja colorada, cocida al horno, y la simplemente de paja con alares de palo sin labrar, marcando el distintivo de los habitantes y particularizando el nombre de casa para los notables y choza para los naturales.

En la acera izquierda se alza la habitación común del cristiano, el templo, rodeado de cercos de piedra, y en el vetusto campanario de adobes, donde el bronce llora por los que mueren y ríe por los que nacen, anidan también las tortolillas cenicientas de ojos de rubí, conocidas con el gracioso nombre de cullcu. El cementerio de la iglesia es el lugar donde los domingos se conoce a todos los habitantes, solícitos concurrentes a la misa parroquial, y allí se miente y se murmura de la vida del prójimo como en el tenducho y en la era, donde se trilla la cosecha en medio de la algaraza y el copeo.

Caminando al sur media milla, escasamente medida, se encuentra una preciosa casa-quinta notable por su elegancia de construcción, que contrasta con la sencillez del lugar; se llama «Manzanares», fue propiedad del antiguo cura de la doctrina, don Pedro de Miranda y Claro, después obispo de la diócesis, de quien la gente deslenguada hace referencias no santas, comentando hechos realizados durante veinte años que don Pedro estuvo a la cabeza de la feligresía, época en que construyó «Manzanares», destinada, después, a residencia veraniega de Su Señoría Ilustrísima.

El plano alegre rodeado de huertos, regado por acequias que conducen aguas murmuradoras y cristalinas, las cultivadas pampas que le circundan y el río que le baña, hace de Kíllac una mansión hartó poética.

La noche anterior cayó una lluvia acompañada de granizo

y relámpagos, y, descargada la atmósfera dejaba aspirar ese olor peculiar a la tierra mojada en estado de evaporación: el sol, más riente y rubicundo, asomaba al horizonte, dirigiendo sus rayos oblicuos sobre las plantas que, temblorosas, lucían la gota cristalina que no alcanzó a caer de sus hojas. Los gorriones y los tordos, esos alegres moradores de todo clima frío, saltaban del ramaje al tejado, entonando notas variadas y luciendo sus plumas reverberantes.

Auroras de diciembre espléndidas y risueñas, que convidan al vivir: ellas, sin duda, inspiran al pintor y al poeta de la patria peruana.

II

En aquella mañana descrita, cuando recién se levantaba el sol de su tenebroso lecho, haciendo brincar, a su vez, al ave y a la flor, para saludarle con el vasallaje de su amor y gratitud, cruzaba la plaza un labrador arreando su yunta de bueyes, cargado de los arreos de labranza y la provisión alimenticia del día. Un yugo, una picana y una coyunta de cuero para el trabajo, la tradicional chuspa tejida de colores, con las hojas de coca y los bollos de llipta para el desayuno.

Al pasar por la puerta del templo, se sacó reverente la montera franjeada, murmurando algo semejante a una invocación; y siguió su camino, pero, volviendo la cabeza de trecho en trecho, mirando entristecido la choza de la cual se alejaba.

¿Eran el temor o la duda, el amor o la esperanza, los que agitaban su alma en aquellos momentos?

Bien claro se notaba su honda impresión.

En la tapia de piedras que se levanta al lado sur de la plaza, asomó una cabeza, que, con la ligereza del zorro, volvió a esconderse detrás de las piedras, aunque no sin dejar conocer la cabeza bien modelada de una mujer, cuyos cabellos negros, largos y lacios, estaban separados en dos crenchas, sirviendo de marco al busto hermoso de tez algo cobriza, donde resaltaban las mejillas coloreadas de tinte rojo, sobresaliendo aún más en los lugares en que el tejido capilar era abundante.

Apenas húboselo perdido el labrador en la lejana ladera de Cañas, la cabeza escondida detrás de las tapias tomó cuerpo saltando a este lado. Era una mujer rozagante por su edad, y notable por su belleza peruana. Bien contados tendría treinta años, pero su frescura ostentaba veintiocho primaveras a lo sumo. Estaba vestida con una pollerita flotante de bayeta azul oscuro y un corpiño de pana café, adornado al cuello y bocamangas con franjas de plata falsa y botones de hueso, ceñía su talle.

Sacudió lo mejor que pudo la tierra barrosa que cayó sobre su ropa al brincar la tapia y en seguida se dirigió a una casita blanquecina cubierta de tejados, en cuya puerta se encontraba una joven, graciosamente vestida con una bata de granadina color plomo, con blondas de encaje, cerrada por botonadura de concha de perla, que no era otra que la señora Lucía, esposa de don Fernando Marín, matrimonio que había ido a establecerse temporalmente en el campo.

La recién llegada habló sin preámbulos a Lucía y le dijo:

—En nombre de la Virgen, señoracha, ampara el día de hoy a toda una familia desgraciada. Ese que ha ido al campo cargado con las cacharpas del trabajo, y que pasó junto a ti, es Juan Yupanqui, mi marido, padre de dos muchachitas. ¡Ay señoracha! Él ha salido llevando el corazón medio muerto, porque sabe que hoy será la visita del reparto, y como el cacique hace la faena del sembrío de cebada, tampoco puede esconderse porque a más del encierro sufriría la multa de ocho reales por la falla, y nosotros no tenemos plata. Yo me quedé llorando cerca de Rosacha que duerme junto al fogón de la choza y de repente mi corazón me ha dicho que tú eres buena; y sin que sepa Juan vengo a implorar tu socorro, por la Virgen, señoracha, ¡ay, ay!

Las lágrimas fueron el final de aquella demanda, que dejó entre misterios a Lucía, pues residiendo pocos meses en el lugar, ignoraba las costumbres y no apreciaba en su verdadero punto la fuerza de las cuitas de la pobre mujer, que desde luego despertaba su curiosidad.

Era preciso ver de cerca aquellas desheredadas criaturas, y escuchar de sus labios, en su expresivo idioma, el relato de su actualidad, para explicarse la simpatía que brota sin sentirlo en los corazones nobles, y cómo se llega a ser parte en el dolor, aun

cuando solo el interés del estudio motive la observación de costumbres que la mayoría de peruanos ignoran y, que lamenta un reducido número de personas.

En Lucía era general la bondad, y creciendo desde el primer momento el interés despertado por las palabras que acababa de oír, preguntó:

—¿Y quién eres tú?

—Soy Marcela, señoracha, la mujer de Juan Yupanqui, pobre y desamparada —contestó la mujer secándose los ojos con la bocamanga del jubón o corpiño.

Lucía púsole la mano sobre el hombro con ademán cariñoso, invitándola a pasar y tomar descanso en el asiento de piedras que existe en el jardín de la casa blanca.

—Siéntate, Marcela, enjuga tus lágrimas que enturbian el cielo de tu mirada, y, hablemos con calma —dijo Lucía, vivamente interesada en conocer a fondo las costumbres de los indios.

Marcela calmó su dolor, y, acaso con la esperanza de su salvación, respondió con minucioso afán al interrogatorio de Lucía y fue cobrando confianza tal, que la habría contado hasta sus acciones reprensibles, hasta esos pensamientos malos, que en la humanidad son la exhalación de los gérmenes viciosos. Por eso en dulce expansión le dijo:

—Como tú no eres de aquí, niñay, no sabes los martirios que pasamos con el cobrador, el cacique y el tata cura, ¡ay ay! ¿Por qué no nos llevó la peste a todos nosotros, que ya dormiríamos en la tierra?

—¿Y por qué te confundes, pobre Marcela? —interrumpió Lucía—. Habrá remedio; eres madre y el corazón de las madres vive en una sola tantas vidas como hijos tiene.

—Sí, niñay —replicó Marcela—, tú tienes la cara de la Virgen a quien rezamos el Alabado y por eso vengo a pedirle. Yo quiero salvar a mi marido. Él me ha dicho al salir: «Uno de estos días he de arrojarme al río porque ya no puedo con mi vida, y quisiera matarte a ti antes de entregar mi cuerpo al agua», y ya tú ves, señoracha, que esto es desvarío.

—Es pensamiento culpable, es locura, ¡pobre Juan! —dijo Lucía con pena, y dirigiendo una mirada escudriñadora a su interlocutora, continuó—: Y ¿qué es lo más urgente de hoy? Ha-

bla, Marcela, como si hablastes contigo misma.

—El año pasado —repuso la india con palabra franca—, nos dejaron en la choza diez pesos para dos quintales de lana. Ese dinero lo gastamos en la feria comprando estas cosas que llevo puestas, porque Juan dijo que reuniríamos en el año vellón a vellón, mas esto no nos ha sido posible por las faenas, donde trabaja sin socorro; y porque muerta mi suegra en Navidad, el tata cura nos embargó nuestra cosecha de papas por el entierro y los rezos. Ahora tengo que entrar de mita a la casa parroquial, dejando mi choza y mis hijas, y mientras voy, ¿quién sabe si Juan delira y muere? ¡Quién sabe también la suerte que a mí me espera, porque las mujeres que entran de mita salen... mirando al suelo!

—¡Basta! No me cuentes más —interrumpió Lucía, espantada por la gradación que iba tomando el relato de Marcela, cuyas últimas palabras alarmaron a la candorosa paloma, que en los seres civilizados no encontraba más que monstruos de codicia y aún de lujuria.

—Hoy mismo hablaré con el gobernador y con el cura, y tal vez mañana quedarás contenta —prometió la esposa de don Fernando, y agregó como despidiendo a Marcela—: anda ahora a cuidar de tus hijas, y cuando vuelva Juan tranquilízalo, cuéntale que has hablado conmigo, y dile que venga a verme.

La india, por su parte, suspiraba satisfecha por primera vez en su vida.

Es tan solemne la situación del que en la suprema desgracia encuentra una mano generosa que le preste apoyo, que el corazón no sabe si bañar de lágrimas o cubrir de besos la mano cariñosa que le alargan, o solo prorrumpir en gritos de bendición. Eso pasaba en aquellos momentos en el corazón de Marcela.

Los que ejercitan el bien con el desgraciado no pueden medir nunca la magnitud de una sola palabra de bondad, una sonrisa de dulzura que para el caído, para el infeliz, es como el rayo de sol que vuelve la vida a los miembros entumecidos por el hielo de la desgracia.



(Paullu, Cuzco 1852 - Buenos Aires, 1909)
Grimanesa Martina Mato Usandivaras es considerada la fundadora de la novela indigenista en Perú desde la que denunció los abusos contra la población indígena en la sierra peruana y comenzó la defensa de los derechos elementales de los indígenas y en especial de los derechos de la mujer.

Durante las últimas décadas su obra ha sido recuperada tras ser silenciada, criticada y excluida de los anales de la literatura, además de haber sufrido la persecución de

la Iglesia peruana, el saqueo y destrucción de su hogar e imprenta y el exilio en Buenos Aires en sus últimos años.

Mujer de grandes proyectos literarios, fundó la revista «Búcaro Americano», colaboró en diversas publicaciones como «La Prensa», «La Nación», «La Razón» y «El Tiempo de Buenos Aires», la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales» de Montevideo, «El Cojo Ilustrado» de Caracas y «Las Tres Américas» de Nueva York, e incluso fue elegida miembro del Consejo Nacional de Mujeres de Argentina.

Su novela *Aves sin nido* (1889) puede definirse como un alegato étnico-social en el que planteó un programa para la regeneración del indio peruano basado fundamentalmente en los valores de la educación y de la cultura. Se publicó el mismo año que asumió la dirección del semanario «El Perú Ilustrado», la más importante publicación literaria del país.

Su denuncia de la corrupción del clero —y los poderes gubernamentales— a través de esta novela le valió la excomunión en 1891 aunque el arzobispo de Lima culpó a otro relato publicado en su revista, *Magdala* de Coelho Neto. Finalmente, Matto presentó su renuncia para que se levantase la censura eclesiástica contra el semanario.

Fundó con sus hermanos la imprenta La Equitativa donde publicaba el periódico «Los Andes» desde donde defendió el gobierno de Andrés Bello, pero tras la entrada de las tropas de Nicolás de Piérola se exilió en Buenos Aires donde falleció en 1909.



Distinta Tinta

